

sus vecinos, y alimentándose siempre con la carne de los vencidos, eran los únicos que se resistían á todas las tentativas. Tomando un nuevo pretexto, para rechazar á los Jesuitas y atacar á los hurones, de la acogida que estos últimos habian hecho al cristianismo, y de ver que se habian hecho franceses por instinto y adopción, sorprendieron estos salvajes al P. Fogues, en el momento en que seguía la corriente de un río; y acometiendo á las piraguas que navegaban con él, después de vencer á los neófitos, prepararon un nuevo suplicio para los Padres. Iba Fogues acompañado del hermano Renato Goupil, cirujano coadjutor. Luego que los tuvieron en su poder, les arrancaron todas las uñas de las manos; cortáronles los dedos índices, é hicieron de sus cuerpos una sola llaga: en seguida, como si fuesen unos trofeos de victoria, paseáronlos de aduar en aduar, y los entregaron á la befa pública y á ese horrible martirio de detalle, cuyo horrible secreto solo poseen las mujeres salvajes. Dividiéronlos después á la manera de un botín, mientras que Renato sucumbió á los filos del hacha de su dueño. Fogues, á quien ya no quedaba mas que un soplo de vida, se propuso consagrarle en beneficio de sus verdugos: torturábanle estos noche y día, y mientras que lo verificaban, les enseñó, mas con su paciencia que con sus predicaciones, cuán grande era el poder del cristianismo, logrando bautizar á algunos, y convirtiendo á muchos de ellos.

En tanto que los iroqueses hacían del Jesuita un esclavo ó mas bien un juguete, infiriendo este que aquellos bárbaros se disponían á penetrar á sangre y fuego entre los hurones, para penetrar mas fácilmente hasta el corazón de la colonia francesa, escribió al caballero de Montmagny, gobernador del Canadá, la siguiente carta, que fechada en 3 de junio de 1643, termina de este modo: « Los holandeses han tratado, aunque en vano, de hacernos abandonar el país, y aun tratan de realizarlo en la actualidad, si bien creo que será con el mismo resultado. Por lo que á mí respecta, estoy cada vez mas convencido de que debo permanecer aquí hasta que plazca á Nuestro Señor, y no ausentarme de este sitio aun cuando se presente la ocasión. Mi presencia consuela á los franceses, hurones y algonquinos, de cuyas razas he bautizado mas de sesenta individuos, muchos de los cuales están ya en el cielo. Este es mi único consuelo, así como tambien la voluntad de Dios, á la que someto la mia. »

Los protestantes holandeses emplearon tanta tenacidad en la salvación de este Jesuita, como encono habian mostrado sus compatriotas y los ingleses para perder en otras ocasiones á millares de individuos de la misma religión; de manera que consiguieron sustraerle á una muerte que hacia tan lenta como posible la crueldad de los salvajes, y el P. Fogues tuvo la fortuna de volver á pisar el suelo francés. La reina regente, Ana de Austria, saludó en él al mártir que proporcionaba á la madre patria una colonia floreciente; pero como no habia pasado á su patria con el objeto de buscar las ovaciones y honores, apenas hubo obtenido de la Santa Sede la facultad de celebrar el santo sacrificio con sus manos mutiladas, volvió á marchar al Canadá, donde los iroqueses, en cuyo beneficio habia consumido su salud y fuerzas, terminaron por último con su existencia, ciñéndole la corona del martirio.

Persuadidos estos salvajes de que los franceses no podrian olvidar con la muerte del Jesuita tan terrible ejemplo de crueldad, después de haberse arrojado á inauditos excesos de ferocidad contra el P. Bressain, osaron levantar un muro de sangre entre ellos y los amigos de los hurones, gloriándose de superarles en valor: pero de repente hallaron los franceses un socorro donde menos lo esperaban. Los Abenakis, el pueblo mas valiente y civilizado del Canadá, se declararon en favor del cristianismo. Moradora de las costas que separan á la Nueva-Francia de Nueva-Inglaterra, venía á ser esta tribu un antemural casi inaccesible contra la nación cuyo enemigo se declarase. Testigos los embajadores que habian enviado los Abenakis con el objeto de visitar estas residencias, de las mejoras introducidas en las costumbres de los naturales, y sabiendo hacerse catequistas sin haber aun abrazado el catolicismo, sometieron al imperio de la Cruz la mayor parte de las tribus diseminadas por las vertientes del Rio-Rojo; pasando en seguida el P. Dreuilletes en el mes de octubre de 1646, y á solicitud de los indígenas, á cultivar aquella tierra, donde sin afanes de ninguna especie germinaba el Evangelio.

En esta misma época, poniendo los iroqueses en ejecución su sistema devastador, hicieron caer de improviso á los Agniers y á los Tsononthouans sobre la colonia de San José. Hallábanse ausentes sus guerreros, no quedando mas que las mujeres y los niños en compañía del P. Daniel. Este habia envejecido entre sus

catecúmenos; habíase hecho en un todo con sus costumbres, viéndosele llegar muchas veces á Quebec con los piés descalzos, con el remo en la mano, y el cuerpo apenas cubierto con una andrajosa sotana, aunque inspirando siempre el respeto que nace de un entusiasmo útil. Los salvajes cayeron tan repentinamente sobre el pueblo, que se apoderaron de él, y degollaban á cuantos alcanzaban antes que nadie hubiese pensado en oponérseles. Instáronle á Daniel los naturales á que se sustrajese á semejante espectáculo de luto y desolacion; pero tenia párvulos que bautizar y ancianos que sostener; y queriendo cumplir hasta el fin con los deberes de su ministerio, se niega á recurrir á la fuga. No le quedaba otro medio que el de sacrificarse por sus neófitos, y se lanza al encuentro de los enemigos con el objeto de proteger la retirada de las mujeres. Intimidados los salvajes al aspecto de aquel sacerdote que, sin otras armas que su Crucifijo, se precipita á su frente, retroceden, vacilan, y no atreviéndose á aproximarse á este anciano que los exhorta tan generosamente, le asentan millones de flechas; pero Daniel vivia aun á pesar de hallarse con el cuerpo erizado de saetas: visto lo cual por un jefe de los Agniers, mas cruelmente intrépido que sus soldados, se avanza hácia el misionero, y le atraviesa el corazon con su espada.

Algunos meses después sucumbian al mismo género de muerte los PP. Brebeuf y Gabriel Lallemand. La táctica de los iroqueses consistia en adormecer la confianza de los franceses y sus aliados, haciéndoles á cada paso proposiciones de paz; pero en seguida, y en el momento que menos temian una invasion, caían de improviso sobre las poblaciones, y asesinaban indistintamente cuanto encontraban á su paso. Resueltos en este dia á saquear la reduccion de San Ignacio y la aldea de San Luis, penetraron durante la noche en las moradas de los neófitos, dando apenas lugar á los mencionados Padres para reunir á los mas esforzados, á quienes condujeron al combate, dirigieron en la lucha, y bendijeron en la hora de la muerte: pero los hurones fallecieron todos, ó fueron hechos prisioneros, sobreviviéndoles únicamente los dos Jesuitas; pero es para espirar en torturas mas prolongadas.

Veinte y un años de apostolado bajo la influencia de aquella temperatura glacial y en medio de aquellos salvajes, cuyo genio feroz y maléfico habia doblegado tan admirablemente, no habian bastado á agotar las fuerzas de Brebeuf: como su talla de atleta y

su voz robusta correspondian á la energía de su alma, los salvajes echaron de ver que su presa era susceptible de ser torturada; pero el Jesuita tenia otros cuidados á que atender mas que los de su vida: era preciso exhortar á morir como cristianos á los que habian instruido en las virtudes evangélicas. En medio de las torturas mas atroces, predicaba todavía y predicaba siempre; y no pudiendo los iroqueses reducirle al silencio, aun cuando le aplicaban teas encendidas en todas las partes de su cuerpo, le introdujeron por la garganta un hierro encendido.

Al P. Gabriel, aunque mas joven y mas débil, los salvajes le habian envuelto en cortezas de abeto, é iban á pegarlas fuego, cuando se arroja á los piés de Brebeuf, besa sus llagas ensangrentadas, y pide á este mártir que le bendiga. Brebeuf le sonríe, y con el cuello cargado de un collar de hachas candentes, tiene todavía aliento para rogar por su hermano. Viendo los iroqueses que nada era suficiente para acobardar su valor, inventan un nuevo bautismo; y derramándole agua hirviendo sobre la cabeza, devoran á sus ojos la carne de los franceses á quienes habian muerto, chupan su sangre, y dejan al misionero espirar en este tormento. El dia siguiente, 17 de marzo de 1649, falleció Lallemand, después de haber tolerado durante el espacio de diez y ocho horas el suplicio del fuego.

El 7 de diciembre del mismo año vió el P. Carlos Garnier embestir por los salvajes la reduccion de San Juan: los neófitos habian salido á su encuentro; y haciendo una retirada falsa los iroqueses, cayeron de allí á poco en las poblaciones indefensas. Garnier aconseja la fuga, como único recurso que quedaba á tantos desgraciados; pero él tenia un deber mas sagrado que desempeñar, y se veia rodeado de moribundos á quienes era preciso absolver, y de catecúmenos á quienes debia bautizar. Atravesado su cuerpo con dos balazos se levanta el Jesuita, vuelve á caer, y se arrastra sobre sus rodillas con el objeto de recibir el último aliento de un neófito: en seguida, recibiendo dos hachazos que le hienden la cabeza en dos partes, espira en el ejercicio y aun en el seno mismo de la caridad, como dice Charlevoix.

Solo á costa de tantos prodigios de abnegacion é intrepidez lograron los Jesuitas conquistar para la Francia las provincias del Canadá, popularizando en estas comarcas el nombre de su patria y el de la Compañía de Jesús.

Expuestos á los horrores del hambre, amenazados á cada instante por los iroqueses, y obligados á ocultarse en el fondo de los bosques cubiertos de un hielo eterno, los nuevos cristianos no desmayaban jamás ni desesperaban de su causa, que era la de su Dios. Mientras que el P. Nadal Chabanel, conduciendo una parte de ellos hacía unos asilos todavía mas seguros, desapareció durante el camino, ignorando si ha muerto entre los hielos, ó devorado por las fieras, ó bajo el acero homicida de los salvajes; los habitantes de otra colonia, situada en la isla de San José, suplicaban al P. Ragueneau, que se hallaba en medio de ellos, que los sustrajese á tantos peligros, y los pusiese en seguridad y al abrigo de la artillería del fuerte de Richelieu. Hizolo así el Jesuita, y colocándose á la cabeza de esta multitud, marcha con ella durante cuarenta dias á través de las montañas y precipicios, y llega por fin á Quebec, abandonando en seguida á los cuidados del gobernador de la ciudad y de las religiosas Hospitalarias aquella nacion que el Evangelio habia hecho francesa.

No todas las tribus fueron tan afortunadas como esta, pues hubo algunas de ellas á quienes jamás pudieron decidir á que desertasen su tierra natal, y que dejasen á merced de los salvajes los huesos de sus padres. Este sentimiento de piedad filial causó su perdicion, y desaparecieron arrebatadas por la tempestad suscitada por los iroqueses. Mientras que el 10 de mayo de 1652 moria el P. Jacobo Butend, Jesuita que habia plantado la cruz hasta en el territorio de los Altikameguos ó Peces-Blancos, atravesado por las balas de los iroqueses, mutilaban las manos al Padre Poncet en 21 de agosto del mismo año, sin que este se deje acobardar por el dolor. Sabedor de que el Consejo de los ancianos manifestaba serios temores acerca de la actitud que iban tomando los franceses, teme verlos oponerse con la fuerza á sus tropelías que nada justifica. Poncet aprovecha estas revelaciones, debidas á una cristiana iroquesa, y proponiendo la paz á los salvajes, les inspira un gran respeto hácia la bandera blanca. Conducido bien pronto en triunfo por los mismos que le habian mutilado, anuncia al Virey, que para el 8 de setiembre de 1652 firmarian la paz con él otras cinco tribus.

La paz no era, sin embargo, mas que un cambio de trabajos y peligros para los Jesuitas. Apenas concluido este tratado, marchó el P. Lemoyne á Onnontagué, donde se hallaban cautivos un gran

número de neófitos, cuya fe se habia visto y aun se veia expuesta á duras pruebas, pero que arrostraban con ánimo tranquilo, construyendo una iglesia y predicando el cristianismo hasta en las cabañas de sus vencedores. En 1634 penetraban en el país de los Agniers, siempre feroces, los PP. Chamnont, Dablon, Lemorcier, Fremin y Mesnad, con los coadjutores Bronard y Boursier, mientras que otros Padres se internaban en otros países, cuya diferencia de clima, nombre, lenguaje y costumbres, no bastaba á intimidar su audacia ni á extinguir su sed de salvacion de las almas. Los franceses cautivos, los hurones emigrados y los iroqueses convertidos, todos se confundian en un mismo sentimiento de amor fraternal. Así transcurrieron algunos años tranquilos unas veces, y agitados otras por algunas guerras poco importantes, sirviendo estas alternativas de paz y combates para que los Jesuitas pudiesen extender el cristianismo; pero las cosas cambiaron de aspecto, cuando llegando al Canadá los condes de Tracy y de Courcelles por los años de 1665, con una escuadra y el regimiento de Carignan, construyeron tres fuertes en la frontera de los iroqueses, con el objeto de oponer una barrera á sus correrías, y pudieron los Jesuitas entregarse con toda libertad á los ardores de su celo.

Enrique IV les habia franqueado el Canadá, y quiso introducirlos en el Levante. La religion católica se habia extinguido poco á poco bajo la cimitarra de los Osmanlis, y tanto que apenas se podian contar algunas familias en los arrabales de Pera y Scutari que permaneciesen fieles á su antiguo culto. El cisma y la persecucion, el desprecio y los tormentos habian con el tiempo arruinado el cristianismo, del cual solo se conservaban algunos restos en las montañas del Líbano. Gregorio XIII habia provisto á esta mision, enviando cinco Jesuitas para fecundizarla, quienes después de obtener resultados felices, habian muerto cuidando á los apestados. Para mantener la fe en el Oriente, era indispensable la proteccion vigorosa y constante de una potencia europea: esto lo conoció muy bien Enrique IV, y trató de realizar por medio de los Jesuitas lo que los cruzados en otro tiempo no habian hecho mas que ensayar con la gloria de sus armas.

Pide al Gran Señor los firmanes necesarios, y el P. Canillac desembarcó en Constantinopla con otros cuatro sacerdotes de la Compañía de Jesús, por los años de 1609, y en el momento en

que expulsada aquella de la república de Venecia, se presentaba en esta ciudad á los adherentes de Fra Paolo, como un objeto de enemistad calculada. Creyendo el embajador de Venecia en Constantinopla hacer un acto de cortesanía, se declaró en las riberas del Bósforo enemigo capital de los Jesuitas, extrañados de las márgenes del Adriático, y los pintó al Divan como espías enviados por el Papa, y acusóles de fomentar la revolucion por todas partes.

Apenas instalados los Jesuitas en esta capital, se pusieron en relacion con los obispos y metropolitanos griegos, para cumplir las órdenes de la Santa Sede, que, no queriendo ofender las susceptibilidades musulmanas, les habia mandado no sacrificar los resultados de una cosecha cierta y abundante á la incierta esperanza de catequizar un número insignificante de turcos. Estaban en relacion con los patriarcas de Constantinopla y Jerusalem, les hicieron ver la necesidad de unirse, cuando repentinamente en 20 de octubre de 1610, pocos días después de la muerte del embajador de Francia, baron de Salignac, fueron arrestados y conducidos al fuerte de los Dardanelos.

Altamente ofendido el baron de Sancy, sucesor de Salignac en la embajada, y creyendo que no debía permanecer espectador pasivo de semejante violacion del derecho de gentes, en la que se mostraban palpables las intrigas del Bailío veneciano, exigió del Gobierno que se pusiese inmediatamente en libertad á los Padres. La Francia se constituia su apoyo; el emperador Matias de Austria se hizo á la vez su defensor, y cuando se concluyó la paz entre el gabinete de Viena y la sublime Puerta, estipulóse entre otras cosas que los Jesuitas podrian predicar libremente en toda la extension del imperio otomano.

El P. José de Tremblay, aquel famoso capuchino tan asceta en el claustro como político en la corte, y que hubiera podido declararse rival de Richelieu si no hubiese sido su consejero y amigo, ejercia á la sazón el protectorado de su genio en las misiones de Levante. Los Jesuitas no podian atender á todos los trabajos, y el P. José, de concierto con el P. Cotton, les envió algunos refuerzos, á los que agregándose los Franciscanos en 1625, empezaron de consuno la predicacion del Evangelio. Diez años antes se habian lanzado á la Mingrelia dos Padres del Instituto, al paso que penetraban otros en Paflagonia y Caldea, y el metropolitano de Gan-

gres proclamaba su union con la Iglesia católica, convencido por los discursos de los Jesuitas. Los Nestorianos de la Persia abjuraban sus errores, y la Grecia, la Siria, Persia y Armenia veian renacer en su seno el gérmen católico que tantos desastres habian ahogado. En Patras, en Nápoli y en el Peloponeso escuchaban la voz de los misioneros: la mision de Tesalónica prosperaba bajo la cuchilla de los perseguidores; la de Éfeso producía opimos frutos; y si por Esmirna, donde á la sazón erigian una casa, se abrian un paso para la Anatolia, por Damasco se franqueaban otro para la Palestina: en Scio adquiria progresos rápidos su nueva cristiandad; en Naxos se elevaba una nueva iglesia, y la de Santa Irene habia pasado á ser el refugio de los Católicos proscritos. En tanto que unos Jesuitas se establecian en Negroponto y Alepo, donde á la sazón el P. Guillermo Godet obraba numerosas conversiones entre los griegos y armenios, pasaban otros á las orillas del Eufrates y del Jordan, así como tambien á las ruinas de Babilonia y á la playa de Sara, donde combatian y toleraban para propagar la fe católica. Desde 1627 á 1638 fueron llamados los Padres á defenderla contra el patriarca de Constantinopla, Cirilo Lucaris. Astuto y audaz, tan diestro en la polémica como en la intriga, al paso que ambicioso y adulator, habia este candiota recorrido las principales universidades de Europa. Su espíritu consumado en el arte de disimular le granjeó el aprecio de los Protestantes y de todas las comuniones. Fue admitido en el consistorio de Ausburgo, al paso que el sínodo de Ginebra y el anglicanismo fundaron en él sus ensueños é ilusiones de omnipotencia en Oriente. Prometió introducir en él la Reforma, derramar las semillas del calvinismo, y predicar la preponderancia inglesa. Para acallar los recelos de la Iglesia romana, á quien habian empezado á alarmar sus relaciones, publicó Cirilo Lucaris una profesion de fe conforme en un todo con las doctrinas de la unidad católica; pero luego que fue promovido á la silla patriarcal de Constantinopla, y se aseguró del concurso de los príncipes protestantes, quitándose la mascarilla empezó á enseñar públicamente los errores de Lutero y de Calvino. Conmovidos los Jesuitas al observar este desafio lanzado á la faz del catolicismo, dieron parte de sus temores á los obispos griegos, quienes levantándose á su vez, desterraron á Rodas al mencionado patriarca; pero habiendo obtenido su libertad á solicitud de la Inglaterra y la Holanda,

vuelve á comparecer de nuevo en la capital, y vuelve á declamar con mas descaro que nunca á favor del nuevo culto que habia roto las cadenas de su cautiverio. Extrañado y reinstalado por siete veces distintas, pero atacando siempre á la Iglesia romana, y siempre hallando á los Jesuitas para oponerse á sus proyectos, no cesaba Lucaris de alarmar los ánimos, hasta que en 1638, y en el momento que marchaba para cumplir su octava condena, persuadido el Sultan de que quizás pudiera venir á parar en ser una tea de discordia contra el imperio otomano, dió orden para que le estrangulasen en las orillas del mar Negro.

En un Gobierno en que la arbitrariedad de los bajás solo estaba atemperada por el despotismo del Soberano, y en el que verificaba un acto religioso agradable á los ojos del profeta todo aquel que blasfemaba del nombre cristiano, la mision de los Jesuitas debia con precision verse expuesta á toda clase de pruebas: érales preciso triunfar de mil animosidades, amoldarse á costumbres ridículas y odiosas, satisfacer la codicia, no ofender jamás la orgullosa ignorancia de los agás, y mantener en una obediencia difícil á las familias católicas, á quienes el mas insignificante depositario de la autoridad se creia con derecho de sojuzgar á sus caprichos. Sometidos á una esclavitud de cada minuto, se vieron expuestos, durante el espacio de muchos años, á todas las extorsiones pecuniarias, inventadas por la avidez de los turcos, con solo el objeto de conservar la fe en el corazon de aquellas regiones que habian sido su cuna. En 1656, otro sacerdote de la Compañía de Jesús lanzaba sus conquistas á mayor distancia, fundando la mision de Anturah, entre los maronitas del Líbano.

Admirado Lamberto, comerciante marsellés y cuyos establecimientos cubrian la Siria, al observar la abnegacion de los misioneros, y queriendo asociarse á ellos de una manera mas activa que lo habia hecho hasta allí por medio de sacrificios pecuniarios, después de haber arreglado sus asuntos comerciales, se embarcó, con el objeto de comenzar en Roma su noviciado. Hecha su profesion, regresó transformado en humilde Jesuita, al mismo sitio donde en otro tiempo se habia mostrado opulento y poderoso, y estableció, de concierto con Abunaufel, á quien Luis XIV habia nombrado cónsul general de Francia en el Líbano, un lugar de asilo, donde los cristianos y musulmanes convertidos encontrasen siempre un refugio contra las persecuciones, y sacerdotes que reanimasen

su valor. El P. Nacchi, maronita de nacimiento, fue nombrado superior de la mision; y bien pronto este nuevo pueblo, formado de católicos dispersos, hizo saber á los maronitas fieles á la Iglesia, que tenian hermanos y amigos en todos los puntos del globo.

Mirábanse los maronitas como hijos adoptivos de Francia, y todos los dias oraban en la misa por el Monarca francés, á quien apellidaban el rey de los Cristianos. El sultan Achmet I, movido por el mismo ascendiente que se habian granjeado los Borbones en aquel país, decretaba lo siguiente: «Queremos y mandamos, «en consideracion á Enrique el Grande, que todos los súbditos y «amigos del rey de Francia puedan, bajo su proteccion y bandera, encaminarse á los Santos Lugares de Jerusalem y visitarlos «con toda libertad.»

En Scio y Esmirna habian pasado á ser los Padres los consoladores y guías de los europeos, y bajaban hasta á los calabozos de las Siete Torres. Marco Antonio Delfini, patriarca de Aquileya, era esclavo, y le ayudaban á sobrellevar su cautiverio de veinte y dos años: hacen regresar al culto católico al conde de Carlac-Fenelon que habia mamado la herejía calvinista, convirtiendo además á los mismos cónsules que tenia la Inglaterra en el Levante. Pónense de acuerdo con los patriarcas armenios, Andrés, Jacobo y Constantino, los que reconocen por último la autoridad de la Santa Sede, y dirigen á Urbano VIII y á Luis XIII con fecha del 20 de octubre de 1632 la siguiente carta, que firmaba la union que habian sabido los Jesuitas introducir en aquellos pueblos. Dice así:

«Muy perfecto y enviado de Dios, santísimo Padre, que ocupais en la actualidad el lugar de Jesucristo, y que estais sentado en la cátedra de san Pedro, príncipe de los Apóstoles; y vos, «rey de los reyes y César de los Césares, Luis rey de Francia, á «quien el brazo divino ha colocado sobre el trono: inundados «nuestros ojos en lágrimas y con el rostro abatido de tristeza, os «escribimos esta humilde carta, á vosotros que sois nuestra esperanza después de Dios, como también las columnas de los que «adoran la Cruz. Nosotros, pobres y llenos de pecados, sacerdotes armenios de Esmirna en union de todo el clero y de todos los «seglares, desde el mas grande al mas pequeño, os remitimos «esta carta, para suplicaros, gran Rey, que los misioneros que «nos enseñan el camino del cielo obtengan por vuestra orden y